
El maestro: dignidad y deterioro

Antonio Delhumeau

Se repite con frecuencia creciente que los niveles educativos se deterioran cada vez más, que la educación primaria, media y superior disminuye su calidad. Y el villano que aparece en el trasfondo de esta historia es el maestro: indolente, desinformado, sin vocación de servicio, utilitario, improvisado, insensible a las necesidades y peculiaridades de sus alumnos, en el presente y para el futuro.

Esta ponencia tiene como propósito nodal el ubicar esta problemática denunciada, de un modo flamígero, por padres de familia, empleadores y gobernantes, precisamente en el contexto de la sociedad global en el que adquiere sentido, conforme a su estructura y a los valores éticos o filosóficos que la rigen. También pretende delinear, así sea en un bosquejo, algunas opciones que llaman nuestra atención en el horizonte.

En primer lugar quisiera decir que nosotros, como maestros, configuramos el prototipo del aprendizaje que tienen que realizar las generaciones de niños y de jóvenes para incorporarse a la sociedad futura e impulsarla. Y en esta tarea nos vemos precedidos, acompañados y sustituidos una vez que entregamos la estafeta, por los líderes familia-

res, económicos, políticos y éticos. Pero ya que el eje hacia el cual dirigimos a los estudiantes, con mayor o menor ahínco, es esta sociedad actual y emergente, ¿cuál es ella y de qué se trata?

Tres títulos son los usuales para designar a la sociedad en que vivimos: “de masas”, “de consumo” y “de la información”. Veamos su sentido, uno por uno y después atemos cabos; finalmente y sobre la marcha ello nos permitirá asomarnos al desafío del maestro que socializa a sus alumnos, en lo que a él le corresponde para que salgan adelante en esa sociedad.

La sociedad de masas que se expresa en nuestros abarrotados salones o en escuelas multitudinarias, más en profesores que en alumnos —se llegan a dar casos— o en ambas situaciones, surge de la explosión demográfica y de una sobreconcentración en las urbes que se desprende de la revolución industrial, pero que —después—, la rebasa, ya que las ciudades tienden a crecer más rápido que sus industrias.

La sociedad de consumo genera un sentido de sustituibilidad en las personas que las identifica como bienes y servicios: con ello el maestro deja de ser un servidor de y para la educación, convirtiéndose él mismo en un servicio más y en un bien consumible. Y éste es el prototipo que puede transmitir o contra el cual ha de luchar en la relación cotidiana con sus alumnos.

La sociedad de la información radica en la tarea de desagregar el conocimiento en partículas cada vez más ínfimas y manejables por un sistema binario que, como el burro de Zarathustra, sólo incluye las posibilidades de sí o no, de blanco o negro, frente a una realidad en rigor multiforme y plena de matices y significados sintéticos. Es importante establecer que en los Estados Unidos, la sociedad que se le ha planteado a México, y no sólo a él, como modelo, de cada tres empleos, uno se dedica al manejo de la información.

Veamos ahora los enlaces: las sociedades urbanas crecen más rápido que sus industrias productivas, precisamente por el atractivo de ser centros básicos de consumo e información. Además, la información, a través de sus modalidades de propaganda y publicidad, crea las necesidades de consumo por medio de la construcción de personalidades atribuidas a productos, cuyo consumo promete la felicidad, el éxito, el amor, el placer sexual, la fuerza física, el conocimiento de otros países y espacios y, en fin, lo que las en-

cuestas de mercadeo exploren como deseos insatisfechos de las mujeres y los hombres urbanos promedio.

El otro grave problema de la información es que en ella se centra la capacidad de tomar decisiones y de dirigir el rumbo de la sociedad, en cada uno de sus ámbitos. Y en tanto que los montos de información crecen y se desagregan sin cesar y así se envían hacia arriba a través de supuestos canales de control vertical, llegan a niveles de decisión que en la práctica no pueden sintetizarlos ni encontrarles un sentido, un contexto o una dimensión práctica aplicable. En otras palabras, la información viaja hacia cimas de poder que, en tanto tal, se encuentran vacías o inermes, y hoy más que nunca, el rey va desnudo.

Recapitemos: sociedad de masas informes, de consumo de seres intercambiables entre sí y de una información no significativa. ¿Cuál es el común denominador? El hombre masa, el vicario o artificial y el informático o robótico son seres que actúan por representación. Ello es así porque ya no son personas íntegras o sintéticas cuyo sentido global, su proyecto de vida, aparezca claro y unitario, presente. En tanto miembro de la masa, ser-consumible y conductor de información, el ser urbano se despersonaliza y representa papeles, funciones, contactos, programas, controles, códigos y claves, cuyo contenido y significado finales nadie conoce. Actúa entonces en una representación de personajes, guiones, diálogos y obras, escritas y dirigidas por nadie en particular, o más bien al azar, por otros representantes en una situación similar a la suya. ¿A qué conduce una situación como ésta? Es obvio: al nihilismo, a la desvalorización creciente de la vida. Ya vemos aquí, con claridad, la brutal injusticia que se realiza al imputarles a los maestros el deterioro de la educación cuando lo que han hecho y hacen es preparar a los alumnos para sobrevivir y no desintegrarse en una sociedad que avanza, día con día, al despeñadero de la calidad y del sentido de la vida humana en tanto tal, sin más.

Ante un panorama hoy fuera de moda, respecto a los reclamos optimistas de la tecnocracia, ¿qué alternativas reales tenemos?

Revisemos de nuevo los términos a los que han querido reducirnos. La sociedad de masas irrumpe y se expande bajo el signo de la democratización: ella implica el supuesto de la igualdad. Salvo una élite restringida todos somos iguales, los flojos y los diligentes, los

estudiosos y los abúlicos, los creativos y los inertes, los de imaginación sintética y los repetidores de información acumulada, los fríos o indiferentes y los apasionados por la vida; y asimismo se torna indiferenciada la gama que se establece entre ellos y con relación a todos los demás valores humanos, casi inabarcables. Aquí está la primera trampa: la confusión entre avanzar hacia una equidad de oportunidades y el dar ya por sentada una igualdad que no hace sino desmovilizar los esfuerzos vitales y propagar el aburrimiento como freno a la exigencia de autosuperación. Para transmitir los valores, para recuperar el sentido mismo de ellos, tenemos que restablecer la plena dignidad y el reconocimiento de las jerarquías del saber, del sentir, del comprender. ¿Ello implica volver al autoritarismo? De ninguna manera. Lo que proponemos es distinguir entre, por una parte, la democratización o demagogia igualitaria, encubridora de la ignorancia y la pereza y, por la otra, la organización democrática de las instituciones de enseñanza y aprendizaje para reconocer e impulsar los esfuerzos de alumnos y profesores hacia la autoafirmación de los valores existenciales y humanísticos ahora amenazados por la dispersión de las mujeres y los hombres vistos en serie.

La sociedad de consumo tiene otro truco: pone la zanahoria enfrente, en un futuro en que todo cobrará realmente sentido porque se poseerá más. El consumo de hoy es el sustituto vicario de la felicidad que se obtendrá mañana. Si hoy te frustra tu trabajo, no encuentras amor o tus actividades te aparecen insignificantes, con este refresco, esta marca de alcohol, este automóvil, este banco, etcétera, te encontrarás mañana con el deseo amoroso realizado y la actividad significativa, plena de sentido, o éxito al menos, para tí y los demás. Y ésta es la angustia peculiar de la educación actual: ¿estaremos preparando adecuados consumidores?, ¿gente con *status*? (¿cómo hacerlo?: nosotros mismos no somos, con la mayor frecuencia, prototipos de ese éxito social como valor solitario, cada vez más escaso). Aquí hay dos problemas al menos: en primer término el sí reconocer con honestidad el requerimiento de un nivel básico de satisfacción de necesidades materiales, por lo que se mantiene vigente, a pesar de la *perestroika*, el imperativo de transmitir valores de lucha por una creciente equidad de oportunidades socioeconómicas, con base por supuesto en el fortalecimiento real y no demagógico de la educación, sobre todo en el sistema público.

En segundo lugar, el transmitir el valor del presente como insustituible: lo que hoy se logra y adquiere significado vital no puede ser truco por un símbolo que lo represente, posponga o anule. La actividad cotidiana ha de ser, en efecto, creadora y significativa; las relaciones interpersonales han de ser amorosas, enriquecedoras, gratificantes, intensas: ello no puede ser intercambiado por ningún consumo (objeto: ya sea un bien o un servicio) representativo, artificial, vicario. Esta intensidad del presente ha de poder modificar en la conciencia de nuestros alumnos y sus profesores, los engaños de la futurización o la nostalgia del pasado a la que, casi siempre, encubre, es su radical secreto.

El pasado que no volverá es simbolizado en deseos frustrados a ser satisfechos por el consumo de lo innecesario. Es vital que arranquemos a nuestros discípulos del ancla de la nostalgia para que no puedan venderles un futuro ilusorio que anula el sentido vital de su presente cotidiano. Pero, para ello, hemos de lograrlo nosotros mismos.

Finalmente, la información en migajas como sucedáneo del conocimiento integral, ubicado en contextos amplios y significativos, creador de síntesis que permiten definir proyectos individuales y societarios abarcadores, atractivos, desafiantes, exploratorios, aportadores de nuevos sentidos y caminos de acción. ¿Por qué la información cada vez más pulverizada e insignificante? ¿Por qué la educación en cápsulas? Se trata del engaño resultante de los otros: ustedes serán iguales e intercambiables, a través de un presente sin sentido palpable y en pos de un futuro fantasmagórico, para que nosotros podamos mantener un control cuyo significado se nos ha ido de las manos porque, a través de una vuelta de tuerca, esa información cada vez más desintegrada que nos llega no es manejable en un sentido que nos permita orientar nuestras decisiones en una dirección precisa, confiable o previsible.

En otras palabras, la educación por la información fragmentaria, y no por la comprensión de los problemas y de sus alternativas, surge de una política de la impotencia y al mismo tiempo la refuerza. Luego entonces, la salida está en el extremo contrario: en la potencia vital.

Hemos dicho que la masa y el consumismo sustituyen a la integridad vital de la persona, a su creatividad singular insustituible y a su capacidad amorosa plena. Ahora bien, en rigor, este afán impo-

tente del controlismo robótico emerge precisamente de la unidad de esas carencias. En una palabra, el vacío del apasionamiento amoroso y creativo, existenciales, pretende llenarse, en forma vicaria, por representación, a través de un control que permita sentir vibraciones supuestamente similares a lo que no se tiene: la pasión vital. Que diferencia: por ejemplo, un acto ritualista y mecánico sexual en vez de una apasionado encuentro erótico y amoroso en pleno de placer y realización del deseo; y en nuestro caso singular: una cátedra repetidora de una información programada en partículas inconexas para el consumo de mujeres y hombres masa, o bien un encuentro insospechado entre el maestro ejemplar y los alumnos exploratorios e indagadores de verdades inagotables, bajo el signo de una razón vital apasionada. Y éste es, desde mi perspectiva, el dilema: nosotros mismos, maestros, hemos de elegir, día con día, entre ese deterioro que tiende a señalarnos o la renovada dignidad que lo recusa e invalida.